

«Noticias falaces», «hechos alternativos», «palabras alternativas», e incluso «noticias reales falaces», y «noticias falsas falaces»: todas estas palabras y frases son nuevas y confusas. ¿Quién y en qué creemos y confiamos? La gente parece creer que este dilema sobre lo que podamos creer es nuevo. No lo es. Siempre el dilema ha estado con nosotros. En nuestra primera lectura, escrita casi hace tres mil años, escuchamos el profeta, en el nombre de Dios, lamentar que la gente de Dios no creyó la promesa y el aviso a sus antepasados desde la boca de Moisés cuando entraban en la Tierra Prometida. Leemos en el Antiguo Testamento en el libro de Deuteronomio:

Yo haré que se levante de en medio de sus hermanos un profeta, lo mismo que hice contigo [Moisés]. Yo pondré mis palabras en su boca y él les dirá todo lo que yo mande. Si alguno no escucha mis palabras, cuando habla el profeta de parte mía, yo mismo le pediré cuentas (Dt. 18:18-19).

Pero ¿Cómo iban a saber si el profeta hablaba las palabras de Dios, sus propias, o las de alguien más? Dios le dijo a la gente: «Si algún profeta habla en nombre de Yavé y lo que dice no sucede, tú sabrás que esta palabra no viene de Yavé» (Dt. 18:22). Aun así, ¿cómo es que la gente puede saber si y cuando la palabra será o no cumplida?

¿En qué autoridad creen? ¿Por qué son cristianos católicos en vez de metodistas o bautistas o testigos de Jehová o pentecostés? Algunos de nosotros fuimos criados conociendo sólo una fe. Aquí en Ames, hay muchas tradiciones religiosas, y algunas de ellas activamente están tratando de convertir a los demás a la fe de ellos. Algunos incluso les dirán que, si ustedes son católicos, se van al infierno. Así que les pregunto, «¿En qué autoridad creen y profesan lo que enseña la Iglesia Católica?»

La parábola en la lectura del Evangelio de hoy tiene que ver con la autoridad, la fe, y la fidelidad. La lectura comienza con Jesús hablándoles a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo. No son su audiencia por casualidad. Ellos están en la presencia de Jesús, no para aprender de él, sino para atraparlos.

Aunque la gente consideró a Jesús ser un profeta, es claro que los sumos sacerdotes y fariseos, no. El día antes, Jesús había entrado en Jerusalén con alabanzas de «¡Hosanna!» mientras la gente extendía ramos de palma y mantos delante de él. Después de su entrada triunfal, lo primero que hizo fue expulsar a los que cambiaban monedas y los vendedores del Templo. Él derribó las mesas y proclamó: «Está escrito: *Mi casa será llamada Casa de Oración*. Pero ustedes la han convertido en *una cueva de ladrones*» (Mt. 21:13). Jesús dejó a la ciudad por la noche.

A su regreso la mañana próxima, los sumos sacerdotes y ancianos lo desafiaron con esta pregunta: «¿Con qué derecho haces todas estas cosas? ¿Quién te lo ha encargado?» (Mt. 21:23). Jesús les hizo una pregunta que, por el momento, los silenció. Entonces comenzó a contarles cuentos y hacerles preguntas. El primero cuento fue la parábola de la lectura del

Evangelio del domingo pasado acerca de los dos hijos. Inmediatamente después, contó la parábola de este domingo.

Jesús comenzó la parábola de hoy con una referencia a Isaías, nuestra primera lectura, sobre el viñedo que fue plantado, tendido, y cuidado con gran atención. Pero luego dio vuelta al cuento. Habló de la reacción de los viñadores del viñedo. Por supuesto, él no hablaba de un viñedo o de los viñadores; hablaba acerca de la gente de Dios de su tiempo con falta de fe en y fidelidad a Dios. Cuando terminó de contar esta parábola, Jesús les preguntó, «. . . ¿qué hará con esos viñadores?» Los sacerdotes y los ancianos respondieron, «Dará muerte terrible a esos desalmados y arrendará el viñedo a otros viñadores que les entreguen los frutos a su tiempo». Los embaucadores fueron engañados. En su respuesta, se condenaron a sí mismos.

Así que le pregunto a cada uno de nosotros: «¿Qué tipo de viñadores somos? ¿Con qué derecho y autoridad decimos lo que decimos y hacemos lo que hacemos? Yo diré con qué derecho y autoridad digo lo que digo y hago lo que hago, pero yo puedo hablar solamente por mí mismo y de mi familia. Jesús les preguntó a sus apóstoles esta pregunta,

«Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?» Pedro contestó: «Tu eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo». Jesús le replicó: «Feliz eres, Simón Barjona, porque esto no te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los Cielos. Y ahora yo te digo: Tu eres Pedro (o sea *Piedra*), y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; los poderes de la muerte jamás la podrán vencer» (San Mateo 16:15b-18).

Jesús no dijo, «Sobre esta piedra de la Biblia edificaré mi Iglesia», porque no había un Nuevo Testamento cuando Jesús caminó por estos caminos polvorientos. Además, cuando la gente me dice, «Mi autoridad es la Biblia,» tengo que preguntar, «¿De quién es su interpretación de la Biblia?» Ya que he enseñado la Biblia durante más de cincuenta años, casi treinta de esos años en la universidad, yo he llegado a entender que muchas de las personas que dicen que su autoridad es la Biblia están diciendo que su verdadera autoridad es lo que ellos mismos piensan. Y Jesús no dijo, «Edificaré mi Iglesia sobre la piedra de su consciencia individual, o sobre la piedra en cómo se sienta, o sobre la piedra de predicación o enseñanza carismática. Él dijo, «Tu eres Pedro (o sea *Piedra*), y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia».

Es esta Iglesia que tiene el sucesor de Pedro como su papa, esta Iglesia Católica Romana, que es mi autoridad, y me dice amar a Dios y amar a mi prójimo como me amo a mí mismo. Cuando la gente habla o actúa con violencia, ellos demuestran que no son viñadores fieles. Estamos llamados a producir el fruto de la paz, acción de gracia, y oración a Dios. Estamos llamados a ser verdad, honorable, justa, pura, y amable. Que seamos estos viñadores fieles en el viñedo que hemos heredado para que cuando él regrese, el amado del viñedo, nuestro Señor Jesús, nos diga, «Muy bien, servidor bueno y honrado» (Mt 25:21).